

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES É INDUSTRIA.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA, 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS, 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el EXTRANJERO, 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres Cabrera.—Se suscribe en Córdoba, casa del director económico, Sr. D. Rafael Bastida, Plazuela de San Juan, número 22.—Fuera, en las principales librerías.

Un negocio urgente me lleva á Madrid antes del tiempo que habia creido. Si otras veces, al dejar á Córdoba, me acompañó un grato recuerdo, hoy lo hará mas grato aun, la memoria de nuestras reuniones literarias.

No me es fácil, en estos momentos, despedirme verbalmente de todas las personas que me han favorecido en el pasado invierno; sin embargo, yo espero que mis amigos sabrán dispensarme esta falta involuntaria. La sincera amistad no se alimenta con vanas fórmulas.

Adios amigos míos: nuestra sociedad literaria, los juegos florales, el certámen provincial, el proyectado Ateneo, han fijado ya la atencion de las demás Provincias en nuestra Córdoba querida. Frutos son estos de vuestra constancia; pero no serán los últimos: aun nos falta mucho y vosotros que amais á Córdoba, sabeis que la inercia de sus hijos, es la muerte de los pueblos.

Mi ausencia será corta: siempre será el mismo para vosotros

EL CONDE DE TORRES-CABRERA.

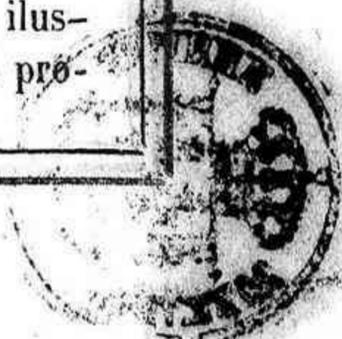
SÁTIRA.

A LUCIO. POETA DRAMATICO.

ADVERTENCIA.

En la sesion que celebró el Ateneo de Madrid el martes 1.º de Marzo de 1859, usó de la palabra el Sr. D. Juan Valera, el cual ocupándose de la historia literaria de los dos últimos siglos, con la facilidad y buen gusto que tiene acreditado, combatió la idea de que las ciencias no hubiesen sido cultivadas en España, y que la lengua fuese pobre para espresar sus adelantos: y siguió en el uso de la palabra el Sr. Vergara y emitiendo juicios muy acertados de los autores dramáticos del siglo anterior, y se declaró partidario acérrimo de la libre emision del pensamiento literario, significando que cada época tiene sus ideas, sus reglas y sus doctrinas: que con el absolutismo estaban las reglas Aristotélicas y la intolerancia; y que con el sistema que nos rige, está el progreso en todos los ramos y la emancipacion de las reglas que ahogan la inspiracion y la espontaneidad.

Dicha manifestacion tan perfectamente adecuada al pensamiento de la presente composicion, me ha impulsado á presentar de nuevo como prueba veridica de la igualdad ó semejanza nuestras aplicaciones literarias, pues esta parte de la ilustracion, no puede menos de seguir el pro-



greso de los acontecimientos, y marchar con los adelantos del siglo.

A LUCIO,

POETA DRAMATICO.

Brama, ruge, maldice y si te place
Levanta Lucio la terrible mano
Y descárgala en mi: un aquí yace
Me pondrán en la tumba, un triste humano
Que osó insenar al fatuo españolismo,
Si yerto quedo á tu furor insano.

¿No ves como en doliente parasismo
Al trueno de arcabuz cae la paloma,
Quedando inerte en el instante mismo.

O rueda el ciervo la vecina loma,
Y á los perros se dá sin resistencia
Cuando por el Oriente Febo asoma;

O de las bellas flores la inclemencia
Del Noto roba fiero y aterido
Del cáliz seductor la rica esencia?

Pues mas quiero yo aquí mústio y rendido
Ceder y sucumbir á tus furores,
Un ¡ay! lanzado triste y dolorido,

O que iracundo apures los primores
Del dialecto mas rudo y ominoso
Llenándome de injurias, que deploras

Mi atraso y mi vicismo vergonzoso,
Con sardónica risa y faz burlona
Con gesto compasivo y malicioso.

No es mi intencion quitarte la corona
Con que ciñó tus sienes Melpomene
Ni deprimir en nada tu persona.

Bien su escelencia clásica mantiene,
Y en medio de sus áulicas regiones
Su alta reputacion siempre sostiene.

En buen hora derrama tus doblones,
Y paga al impresor crecidas sumas:
Luzca tu nombre en anchos cartelones:

Tu fama se levante cual la espuma
Mas que Alfieri aguzando tus puñales,
Que de Xaira el autor con mejor pluma.

De los hados propicios y fatales
Pinta y torna á pintar los desvarios
En asonantes metros siempre iguales;

Y en abundosa vena, cual los rios
Llevan en el otoño en su onda avara
Las hojas de los álamos sombríos:

Y alza y descarga la censoria vara
Como hacha cortadora que en las manos
Del rudo leñador el haz prepara,

Contra el menguado que en escritos vanos
Intente defender otra doctrina
Que la doctrina de tus trasmontanos

Yo Lucio, aunque en mis dudas la divina
Pluma de Flaco admiro y reverencio;
Mas que el gran Alcoran en Palestina

Quema en sus aras oloroso incienso;
Que mas que tu primero lo quemaron
Para ensalzar á Plauto y á Terencio,

Otros Vates felices que se alzaron
Con Boileaux hasta la cumbre refulgente,
Y en la clara Elicona se bañaron.

¿Quieres que te confiese reverente
Que mis observaciones fueron vanas
Y toda mi censura impertinente?

Y si al verme humillado no te humanas
¿Quieres que diga que las reglas solo
Dan triunfos mas completos que el de Canas,

Y que invocando al boqui rubio Apolo
Ni pensar ni sentir se necesita
Para al mundo asombrar de Polo á Polo?

Que solo es una musa la que incita,
La que mueve el ingenio y lo levanta
Y con voz celestial lo precipita.

Que Byron solo grazna cuando canta;
Que de Shakespear son tales las locuras
Que todo espectador tiembla y se espanta

De sus tristes y fúnebres pinturas,
De sus disparatados argumentos,
De sus raros caprichos y diabluras:

Que de viejas y niños fueron cuentos
Los de Escolte y Alincourt, y que Hugo sueña,
Que vanos son de Shegler los lamentos

Contra aquel que tus máximas no enseña,
O cual él con enfado y rostro adusto
De la ilusion la magia no desdeña?

¡Oh ilusion! quinta esencia del buen gusto:
Por tí el espectador que corre ansioso
De su albergue al teatro vá sin susto,

Brincando por los siglos, y animoso
Por tí se eleva hasta el octavo cielo
De donde baja el arco tenebroso:

Por el espacio con radiante vuelo
Cual el ave de Jove se pasea:
Pisa de Chipre el delicioso suelo:

Desde su estrecho asiento enseñorea
El orbe todo en éstasis divino:
Vive en los tiempos de Saturno y Rea:

Absorto mira el Panteon de Nino:
Oye el gran Numa, al furibundo Horacio,
Y el eco aterrador de Saladino:

No vé de lienzo y tablas el espacio
Con ocre, almagra y prusia abigarrado;
De Semiramis solo vé el palacio

De bellisimos jaspes fabricado,
Con régias columnatas y festones
Do el oro puro brilla prodigado:

Inmensas plazas, templos y salones
Dó se pierde la vista, el cuadro encierra;
Climas remotos, bárbaras naciones.

Escucha allí el estruendo de la guerra;
Del huracan el horrible bramido;
Y vé anegarse la anchurosa tierra.

Ni de Talma ó de Mayquez en su oído
Suenan los ecos; de su mente solo
La preciosa ilusión se ha poseído:

No es Juan ó Pedro, el César ó Pactolo
El que allí se presenta, y habla ufano;
No es Cubas el que sale, que es Manolo:

Y vé alzado el telón ¡capricho vano!
Sin aquel murallón que lo cubría
El mismo lecho en que durmió Trajano:

Y no podrá sufrir, que es demasia,
Ni la ilusión que muden le consiente
El templo en selva, ni la noche en día:

Todo pase en un sitio solamente,
Y aunque hable en verso y castellano Dido
La ilusión ni lo estraña ni lo siente:

¡Empero el tiempo? el tiempo reducido
Atropelle la acción, la aprense y ate
Como saco de lana comprimido;

¿Que dure mas de un día? ¡disparate!
Solo pase en un día, aunque en un año
No encuentre relator que la relate.

¡Ilusión para el tiempo! fuera estraño,
Que rijido censor lo consintiera?
De la acción el reloj mida el tamaño:

¡Pobre autor si á otra cosa se metiera!
Y entre y salga el autor cuarenta veces
En ageno solar y cuantas quiera;

Charle incesante; apure hasta las heces
De la murmuración la copa amarga;
Dispare al pueblo tajos y reveses;

Con cuanto hay de inverosímil carga
Con tal de que no falten unidades,
Que es lo que mas Horacio al vate encarga.

¡O digno triunfo y prez de las edades!
Entre las ondas del estigio ardiente,
Del averno en las negras cavidades,

Lope, Tirso, Moreto, hundid las frentes;
Calderón y Solís vuestros borrones
Arrojad de Escamandro en las corrientes:

Del saber acatar esos sansones
Que os miran cual pigmeos miserables,
Vestidos de nefandas producciones:

De Racine y Molière las admirables
Las soberanas obras celebremos,
Y las de Crebillon imponderables:

No hay que cansarse, en ellos estudiemos
La novedad, el gusto y travesura,
Y el Orbe con seguirlos encantemos:

No hay que dar otra forma, otra estructura
Al drama si agradar es nuestra idea,
Si treparnos queremos á su altura.

Lucio; sigue, sigue la ruta que desea
Correr tu bello númen; si el camino
Te obstruye la menguada necia y fea

Española cuadrilla, al mas vecino
Al mas frondoso abeto sube airoso
Y desde su follage, el peregrino
Canto imitando blando y armonioso
De los Cisnes del Sena, enseña ufano
De esas tus reglas el centón precioso:
El nétrico compás fijo en tu mano
Cual se vé en las de Urancia, siempre ostente
El imperio del gusto galicano:
El génio entre prisiones solo aliente
Sin ver la libertad que en vano espera,
Y un ¡ay! lanzando exánime y doliente
Bajo las reglas sofocado muera.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

EL REINO D'IVETOT.

Quién no ha oído hablar del reino d'Ivetot, y sobre todo del rey d'Ivetot, tan espiritualmente cantado por Beranger?

Sin embargo, es necesario decir que su historia apenas es conocida mas que por la chistosa canción de Beranger, y que casi para todo el mundo es el reino d'Ivetot un mito, ó por lo menos un problema.

Inútilmente os cansareis en hojear las historias de Francia de Mezeray, Anquetil, ó cualquier otro historiador acreditado, en ninguna hallareis mencionado este reino, sobre el que no obstante no se han desdeñado de escribir largamente un gran número de cronistas.

No es por lo tanto menos cierto que el pequeño país d'Ivetot ha sido reino, habiendo tenido una larga serie de reyes que vivían independientes, acuñaban moneda y gobernaban autocráticamente su Estado, tan grande á lo mas como París. En vano, pues, se pretendería hoy negar la existencia de dicho reino, cuando abundan las pruebas en su favor.

La fundación del reino d'Ivetot se remonta á el año 536. La primera página de su historia está man-

chada de sangre. Hé aqui lo que de ella se cuenta: Gauthier, otros escriben Vautier, en fin Gauthier ó Vautier, pues poco importa esto á nuestro propósito, señor d' Ivetot, era chambelan y favorito de Clotario 1.º rey de Francia, y gozaba en la corte de este monarca gran poder, cuando de repente cayó en el mayor descrédito, siendo confiscados sus bienes, y él desterrado de la presencia del Rey.

En la Corte sobre todo es donde la fortuna se complace en egercer sus mas raros caprichos. Cuántas ilustres elevaciones han sido seguidas de las mas ilustres caidas! La historia está llena de estos ejemplos. Jacques-Cœur, el superintendente Fouquêt, Saint Marc, el Duque de Buckingham, y cuantos otros no han pagado con sus vidas los honores pasajeros de una régia amistad?

Gauthier era atrevido y valiente. Desterrado de la corte huyó al Africa donde los cristianos se batian contra los infieles, y logró llenarse de gloria. Figuróse que los laureles que cubrian su cabeza le protegerian si volvía á su pátria, y con este objeto marchó á Roma para implorar la mediacion del Papa cerca del rey Clotario.

Agapito, ocupaba á la sazón la silla de San Pedro. Recibió á Gauthier con todos los honores debidos á un héroe cristiano y le dió una carta de recomendacion para Clotario. Provisito de su carta papal, de aquella salvaguardia tan poderosa y respetada entonces aun de los mas poderosos monarcas, tomó Gauthier el camino de su pátria por tanto tiempo abandonada, recorriéndolo rápidamente y sin detencion. Va á volver á ver no la Corte, que ningun atractivo puede ofrecerle porque la conoce demasiado, sino su rica y fecunda Normandia, su bello y ameno pais d' Ivetot, su castillo, su muger algo envejecida y sus hijos ya hombres. Apresúrase pues, con el corazón henchido

de esperanza y alegría, y se dirige á Soissons donde Clotario tenia entonces su corte, llegando el primer dia de Pascua en el momento en que el Rey rodeado de sus cortesanos oia misa en la capilla de palacio. La ocasion pareció favorable á Gauthier, y sin darse un instante de reposo fué á presentarse al Rey, llevando en la mano como un santo escudo la carta del papa Agapito.

El rey mira sorprendido á este hombre cubierto de polvo, con los vestidos en desórden, que así se atreve á presentarse á él. Toma de su mano la carta papal, la lee, y de repente furioso, fuera de sí, coje con la rapidez del pensamiento la espada de uno de sus guardias y atraviesa con ella el cuerpo del infortunado Gauthier.

En medio del asombro general levantaron el cadáver, enjugaron la sangre que corria por el pavimento de la iglesia, y continuó el servicio divino. Todo el mundo tiembla, calla ú ora.

Pero no pasó mucho tiempo sin que resonase una voz poderosa. Era la del papa Agapito que fulminaba el anatema contra Clotario haciendo caer sobre él todo el peso de las censuras apostólicas.

Entonces se tenia en algo la voz de un papa, que alcanzaba del uno al otro extremo del mundo al culpable por poderoso que fuese.

Clotario espantado, se arrepintió públicamente de su horrible sacrilegio y odioso crimen. Para repararlo en cuanto le era posible, colmó de favores á los descendientes de Gauthier y erigió en reino la tierra d' Ivetot, dispensándoles para siempre de todo tributo á la corona de Francia.

Así fué como la desgracia del padre hizo la fortuna de los hijos, si fortuna puede llamarse el ser rey, lo cual es bien dudoso en los tiempos que corren. Ved ya, pues, el pais d' Ivetot erigido en reino.

Los sucesores de Clotario no cre-

ieron deber revocar la voluntad de este rey y confirmaron su fundacion.

La historia de los primeros reyes d' Ivetot es enteramente desconocida, pero fué escrita sin embargo detalladamente aunque se ignora por quien. El abate de Vertot en su discusion sobre el origen del reino d' Ivetot, y en su memoria á la Academia de inscripciones y bellas letras, ocupándose del mismo asunto, habla de un manuscrito que ecsistia en la biblioteca de San Victor de Paris, que contenia la historia cronológica de los reyes d' Ivetot, pero el manuscrito no ecsiste ya, y es preciso resolverse á ignorar, quizá para siempre, la historia auténtica de tan poderosos monarcas.

El primero de los señores d' Ivetot mencionado en la historia es el rey Juan d' Ivetot, que afectaba tomar su reinado por lo serio, poniéndose en acta del 13 de Enero de 1331 el titulo de «Señor d' Ivetot por la gracia de Dios.»

En lo sucesivo se calificó á si mismo con frecuencia de rey, pero como su reinado no le pareciese sin duda muy real, tomó tambien á veces el titulo de principe. Rey ó principe tenia gustos verdaderamente espléndidos; que trasmitió á su hijo Martin con su ligera corona. Este, hizo tan enormes gastos cuando formando el séquito del Rey le acompañó á Flandes, que se vió obligado á vender su pequeño reino el 2 de Mayo de 1401 por la suma de 14,000 escudos de oro.

Veáse como en aquella época se podia ser rey á poco precio.

El que por esta adquisicion vino á serlo d' Ivetot, fué el señor de Vilaines, llamado el *Tartamudo*, duque de Bibedieu, caballero y chambelan del rey. El acta de venta se ratificó por Carlos VI el 24 de Agosto del mismo año.

Pedro de Vilaines no pagó cara su soberania, pero tampoco tuvo la suerte de ejercerla por largo tiempo

Diez y seis años despues de haber sido declarado propietario, fué arrojado de su reino por los Ingleses, que además tomaron toda la Normandia.

Luis XI en una real cédula del año 1464 confirma todos los derechos é inmunidades del reino d' Ivetot.

En 1543, Francisco 1.º en una carta con su sello que envió al Parlamento de Paris para la expedicion del proceso de la dama de Montour contra la d' Ivetot, califica á esta de Reina.

Enrique III en una carta llama á Isabel Chenu señora d' Ivetot, *su prima*, titulo que no se daba mas que á las reinas.

Hasta el testimonio de Enrique IV viene á comprobar la ecsistencia del reino d' Ivetot.

Era la vispera de la famosa batalla d' Ivry. El jóven rey se hallaba acampado frente á un molino de la dependencia d' Ivetot, y queriendo sus consejeros inclinarle á una retirada, «No hay mas retirada, dijo, «que el campo del honor! Compañeros si correis hoy mi suerte yo «tambien corro la vuestra, quiero «vencer ó morir con vosotros. Ven- «tre saint gris, añadió riendo, si me «arrebataren la corona de Francia «seré al menos rey d' Ivetot. Hoy «tomo posesion de mi reino!»

En la coronacion de Maria de Médicis, notando que el gran maestro de ceremonias no daba al señor d' Ivetot un lugar conveniente: «quiero «dijo que ocupe un sitio de honor «mi pequeño rey d' Ivetot, segun su «calidad y el rango que le corres- «ponde.»

En fin el gran rey Luis XIV confirmó en una resolucion de su consejo de Estado las cartas patentes de Luis XI y las de los reyes que le habian sucedido.

En 1779 Luis XV reconoció que el principado d' Ivetot, no debia fé, homenaje, ni ninguna otra clase de derecho á la corona de Francia.

La Revolucion del 89 que hizo pedazos la antigua corona de los Borbones, rompió del mismo golpe la d' Ivetot. La primera fué restaurada, la segunda lo fué tambien.... por la cancion de Beranger, que hará vivir su memoria mas años que pudieran haberlo hecho las grandes historias.

Traduccion del francés.

CONCEPCION Y JOSEFA CONTRERAS.

Madrid 18 de Setiembre.

BREVEDAD DE LA VIDA.

Ya de rubias espigas el estio
Alza su erguida frente coronada,
Y la grata estacion de los amores
Veloz se aleja con lijera planta.

Pura violeta, purpurina rosa,
Azucena gentil, pálida acacia,
¿Adonde están vuestros aromas puros?
¿Adonde vuestras hojas esmaltadas?

Frescos vergeles de la pátria mia,
Que al dulce soplo de las leves auras
Os mostrásteis frondosos y risueños,
¡Ay que se hicieron vuestras ricas galas?

Adonde están las aromosas flores
Que en los flecsibles tallos de esmeraldas
El delicioso nectar de su seno
A la industriosa abeja presentaban?

¿Adonde están los matizados ramos?
Adonde las purisimas guirnaldas
Que recorrió la mariposa inquieta
Batiendo en ellas con placer sus alas?

¡Ay! que del sol á los ardientes rayos
Dóblanse tristes las erguidas ramas,
Y pierde el campo su mullida alfombra,
Y el dulce encanto de los bosques pasa.

Ya no suspira el rui señor canoro,
Ya no trina la alhondra en la alborada,
Y en vez de su dulcísima armonia
Roncos insectos sus cantares alzan.

Ya no contemplan los inquietos ojos
El dulce arroyo que con ondas claras
Entre lirios silvestres y amapolas
Con plácido rumor se deslizaba.

Secó su fuente el abrasado estio,
Y solo á recordarlo consagradas,
La amarga adelfa y la retama crecen
En su profundo cauce solitarias.

Acabó tu poder, oh primavera,
Mas que mucho, si asi tambien acaba
La risueña estacion de luz y encantos,
Que Dios ofrece á la existencia humana.

Llega el abril hermoso de la vida
Y brotan placenteros en el alma
Deseos mil que celestial arrulla
El céfiro fugaz de la esperanza.

Los gratos sueños de placer y gloria,
De amor las ilusiones encantadas,
Flores son que purisimas el campo
De la anhelante juventud esmaltan.

Mas llega en breve el destructor estio
Y dóblanse marchitas y humilladas,
Una por una su frescura pierden
Ante el fiero poder que las abrasa.

Y árido queda sin verdor ni aromas
Ni tiernas aves, ni fugaces auras
El corazon que congojado mira
La primavera de su edad pasada.

¡Oh! si tornase cual el campo un dia
Dichoso á recobrar sus muertas galas!...
¿Mas quién detiene la vejez que adusta
A herirle llega con segura planta?

Disípanse los sueños de la vida.
Mas ¡ah! que el Hacedor no desampara
Al mísero mortal, y hasta la tumba
El hábito le dá de la esperanza.

Ella con blando y apacible arrullo
Aun á la triste ancianidad alhaga,
Y grata y sempiterna primavera
En la etérea mansion brindale al alma.

ANTONIA DIAZ FERNANDEZ.

Sevilla.

LA PLAYA

DE SAN LUCAR.

Los que buskais un cielo de espléndidos colores,
de sol ardiente y puro, de luna virginal
un delicioso viento que murmurando amores
os hable y acaricie con vuelo desigual:
Los que vivis soñando regiones de armonia,
mansiones de belleza fantástica, ideal,
venid adonde luce con mas fulgor el dia,
donde enlazados crecen los mirtos y el rosál.

Aqui las plantas florecen solas,
aqui tranquilas vienen las olas
llenas de conchas y de coral.
Aqui es perfume todo el espacio
de la natura templo y palacio
todo respira luz inmortal.

Alma, mi alma, dime,
¿porqué suspiras?
¿Tal vez embelesada
sueñas, deliras?
¡Oh pensamientos!
Como se van las hojas
Id con los vientos.

De la estendida playa por la menuda arena
donde las aguas gimen con espirante son,
donde el sol mas dorado, la noche mas serena,
endulzan los pesares del triste corazon..
Mirad de cien hermosas el pié desnudo y breve,
mirad de sus cabellos la airosa ondulation,
y el mar que al recibirlas entona blando y leve
con plácidos murmullos suavísima cancion.

Ellas mas blancas que las espumas,
libres cual aves de raudas plumas
que el vuelo tienden á otra region;
Nadando rien, juegan nadando,
las besa el aura que vá pasando,
les dan las nubes su pabellon.

Desplega el ancha vela
cual fugitivo;
si tardas, navegante,
quedas cautivo.
Naturaleza
irresistible encanto
dió á la belleza.

Dejando atrás de Córdoba las palmas orientales
dejando de Sevilla los olmos y el laurel,
á reclinar te llegas, oh Bétis, en corales
en este de Sanlúcar espléndido vergel.
Su playa te recibe con amoroso seno,
el mar sale á buscarte, su mágico dosel
te brinda un firmamento magnifico y sereno
que no oscurece nunca la tempestad cruel.

Playa dichosa, playa querida,
como la abeja por la florida
pradera busca rojo clavel;
Asi te busca siempre el poeta;
y de su génio la llama inquieta
si antes dormia despierta en él.

Porque en tí, playa hermosa,
playa divina,
es el sol mas fulgente
cuando declina.
Son mas suaves
aguas, flores y luces,
vientos y aves.

Para que nunca fuese que el férvido oceano
sañudo te inundara con ondas mil y mil,
te coronó de rocas la omnipotente mano

que guardan el tesoro de tu beldad gentil.
en ellas leen las aguas las sempiternas leyes
grabadas hondamente con místico buril;
las esculpió quien hizo con un soplo los reyes,
quien dió existencia al caos y lluvias al abril.

Luego los hombres que te admiraron
astro de gloria, luz te llamaron,
perla sin mancha de polvo vil.
Y en tí fijaron templo y morada,
y tu seguistes engalanada
tan hechicera, tan juvenil.

Génios de los placeres,
parad el vuelo;
si buskais bellas tierras,
este es el cielo.
Cielo que inspira
al corazon amores,
fuego á la lira.

NARCISO CAMPILLO.

San Lucar de Barameda.

A MI RECUERDO.

No vayas, recuerdo mio,
á turbar su soledad;
¡quien sabe! tal vez hastio
hallará en tí, ó un sombrío
pensamiento de ansiedad.
¡Quien sabe!... tal vez durmiente
delire su corazon,
á otro recuerdo riente,
á un pensamiento naciente
de otra cándida pasion.

¡Oh!... si acaso palpitante
le ofrece su fantasia
un recuerdo mas brillante,
que disipa en este instante
de su pecho la agonía;
¡Oh! si en nube trasparente
de indefinible color,
vé un fantasma, que inocente,
dulce, tierna, blandamente
le dá sonrisas de amor,

Qué fueras, recuerdo mio,
ante ese bello ideal?...
lúgubre vision de hastio,
envuelta en pardo, sombrío,
y funerario cendál.

No vayas!.. no por mi vida,
á turbar su corazon,
si á otro recuerdo te olvida,

deja que su alma querida
sea feliz con su ilusion.

AURORA DE CANOVAS.

Almeria 20 de Setiembre de 1859.

A MI MADRE

EN UNA ENFERMEDAD.

Ya es de noche; sosegada
Te veré al rayar el día:
Duerme, duerme, madre mia,
Que yo velo junto á ti.
Duerme, duerme, tus afanes
Calmár pueda mi desvelo;
Al ver mi pesar el cielo
Tendrá compasion de mi.

Mañana cuando la aurora
Aparezca por Oriente,
Cesará la fiebre ardiente
Que agrava tu enfermedad:
Y verás cuan feliz soy
Al recibir tus caricias,
Que para mi no hay delicias
Sin ti, ni felicidad.

¡Pobre madre! se ha dormido;
Cedió á mi tenaz empeño:
Hora mi nombre en su sueño
Se le escucha murmurar.
Le dije que al verla libre
De esa cruel fiebre insana,
Feliz me hallaria mañana
Y le menté á mi pesar.

¡Feliz yo! ¡sarcasmo horrible!
Por siempre huyó mi esperanza
Y solo mi vista alcanza
Un oscuro porvenir.
Huyó, si, cual desaparece
Tras la densa niebla umbria,
La estrella que antes lucia
En un cielo de Zafir.

Y huyeron las ilusiones,
Que son del alma un tesoro,
Y mis ensueños de oro
Desparecieron tambien.
¡Ah! feliz, feliz mil veces
Aquel que aunque triste llora,
Dentro del alma atesora
Un recuerdo de su bien.

Mas yo que corrí del mundo
Por el áspero camino,
Y siempre fatal destino
Vino mi dicha á burlar;
Son para mi los recuerdos
Lo que el áspid á la rosa,
Lo que al nauta procelosa
Noche, en irritado mar.

Ella! ¡oh martirio! ella siempre;
Do quiera su imágen miro,
Y hasta en mi sueño respiro
De su aliento el suave olor.
Ilusion que de la aurora
Desparece al tibio rayo,
Y que en lánguido desmayo
Deja al alma en su dolor.

¿Porque ¡oh Dios! me concediste
Este corazon de fuego,
Si eterno desasosiego
Me diste con él al par?
¡Oh! siempre mi sueño dure,
Sueño eterno sea mi vida,
Si esa mi ilusion querida
Solo en sueños puedo hallar.

Tú tambien, oh madre mia,
Fuiste un tiempo desgraciada;
Huérfana, desconsolada,
Lloraste en tu juventud.
Mas hora el amor de un hijo,
Y el cariño de un esposo,
Te han hecho en dulce reposo
Llegar á la senectud.

Vive feliz, madre amada:
Sin ti, sin tu amor profundo
Para mi ¿que fuera el mundo?
Yerto páramo no mas.
Que no hay amor semejante
Al de una madre querida;
¡Triste de aquel que perdida
Llora á su madre quizás!

Nunca, nunca tu existencia
Acibaren mis dolores;
De la aurora á los albores
Feliz, madre, me has de ver.
Que aunque á mi dolor concedas
Toda el alma por despojos,
Nunca verás de mis ojos
Ni una lagrima caer.

Si, si; tranquila, dichosa
Te veré al rayar el día;
Duerme en tanto, madre mia,
Que yo velo junto á ti.

Duerme, duerme; tus afanes
Calmar pueda mi desvelo,
Por tu salud ruego al cielo
Y él tendrá piedad de mi.

JOSÉ LAMARQUE
DE NOVOA.

Sevilla.

LAMENTACION.

SONETO.

Dedicado à mi querida prima C. S. F.

Viene en pos de la aurora placentera
El astro Rey á derramar su lumbre,
Dorando de los montes la alta cumbre
Dando vida y fulgor á la pradera:
Despues de la borrasca recia y fiera
Que es del nauta temor y pesadumbre,
Por muy furiosa que la mar se encumbre,
La doma un Dios desde la régia esfera.
Despues rasgando del invierno el velo,
Descuella entre magnificos colores,
Florinda, bella cual la luz del dia;
En pos de la afliccion viene el consuelo;
Todo infeliz remedia sus dolores...
Yo no puedo aliviar la pena mia.

A. F. GRILO.

30 Julio de 1860

INCONVENIENTES DE LA MÚSICA MODERNA

PARA

escitar los afectos y promover las pasiones.

La riqueza, la brillantéz la profusion de la música moderna, son la causa ó el inconveniente que le impide mover ó escitar los afectos, haciéndose por lo tanto menos patética, apasionada ó sentimental.

Para demostrar esta proposicion, bastará manifestar que poseemos en el dia un contrapunto desconocido enteramente de los antiguos: una armonia mas esquisita, refinada y abundante que la de aquellos en los tiem-

pos de sus maravillosos efectos: que nuestros instrumentos abrazan mas número de octavas ó entonaciones que los suyos, siendo en este caso mas apropósito para producir mayor número de combinaciones en los sonidos: y que todas estas ventajas que al parecer engrandecen y aumentan la brillantéz y vaguedad de nuestra música, es lo que la hacen al mismo tiempo menos apta y dispuesta á despertar ó conmover las pasiones.

Parecerá á primera vista como una paradoja la idea que acabamos de emitir, empero la comprenderá facilísimamente cualquier lector juicioso, si se para á reflexionar, que la energia con que los sonidos musicales mueven los afectos, dimana de la mas inmediata ó aproximada imitacion de la naturaleza: esto es, de la espresion mas exacta y semejante á aquellos tonos ó sonidos naturales, en los cuales prorrumpimos cuando nos impulsa el dolor, la ira, la alegria, ó cualquiera otra pasion vehemente é impetuosa: asi pues, deberá conocer, que cuanto mas artificiosa ó complicada se presente la armonia, tanto mas se separará de los acentos apasionados; como tambien, que á medida que van adquiriendo los tonos mas complicacion y aumentos de notas, se van separando del carácter imitativo; pues la sucesion en la voz del hombre, simple por si misma y espontánea, nada tiene de comun con la de los tonos musicales, aprisionados siempre entre los grillos de tantas leyes armónicas.

Desvirtuándose, como se ha espuesto, la semejanza de la imitacion con el objeto imitado, nada debe tener de maravilloso que el corazon que no puede sentir la íntima relacion del uno con el otro, permanezca enteramente eladado é indiferente en medio de toda nuestra riqueza armónica tan celebrada: y aun cuando, en los sonidos, no se quisiese considerar la facultad que tienen de

imitar, y si solo la de obrar físicamente en nuestros nervios, se vé la preferencia que siempre merece una canción ó canturia simple, como por ejemplo, la plegaria de Norma, ó las romanzas que aparecen en las obras de los mas célebres compositores, comparadas con las árias ó piezas de bravura laboreadas y complicadas, y que se admiran regularmente por su grandioso y esquisito acompañamiento.

La música demasiadamente refinada, debilita la energía, triturando demasiado la nota; dividiendo y subdividiendo los tonos en porciones minuciosísimas; debilitando la voz con tanto obligarla y adelgazarla; y fatigando, por decirlo así, la sensibilidad, á fuerza de querer promoverla.

Nadie podrá negar que solo existen un número determinado de inflecciones capaces de producir en todo su vigor, una sensación ó una imágen, y que dichas inflecciones serán tanto mas enérgicas cuanto mas puedan espresar con la propiedad debida los ecos de la naturaleza: un solo ahullido, un gemido, un suspiro de un infeliz atormentado, halla al momento el secreto de enternecer, penetrando en lo mas recondito, y en lo mas íntimo del alma.

La fuerza impulsiva de la melodía consiste en señalar ó espresar por medio de los sonidos ó tonos, aquellos rasgos que caracterizan el objeto imitado: todo lo que le agrega ó añade el arte, no es por lo tanto el lenguaje del afecto, sino una especie de circunlocucion, una frase retórica del armonista.

Por lo tanto, no debemos extrañar que la música moderna, en vez de vigorizar con la sencillez nuestras sensaciones, no haga otra cosa que debilitarlas, ó enervarlas con su complicacion y confusion; y que en lugar de espresar lo verdadero con la entonacion única del afecto, cuide solo de ostentar agilidad y destreza; ha-

llándose al fin como el Midas de la fábula, que se moria de hambre en medio de sus tesoros.

La historia prueba y confirma esta verdad incontestable, haciendo ver que la música griega perdía el gran secreto de mover los afectos á medida que se separaba de su sencillez primitiva: inculta en un principio, como las costumbres de aquellos naturales, se dice, que detenía los rios; que amanzaba las fieras; que levantaba las murallas de Tebas al son de la lira; para significar con estas alegorias la prodigiosa influencia que tenían sobre el ánimo de aquellos pueblos, las delicadas manos de Lino, Arfione y Orfeo. (1)

J. MIGUEL ARRAMBIDE.

SONETO.

LA ESCENA Y LA HISTORIA.

«Mira, dijo la escena, mis telones
«Que alumbran de mil luces los reflejos,
«Cuan al vivo te muestran desde lejos
«Templos, jardines, bosques, poblaciones.
«Y en mi recinto Damas y Varones
«De virtud y saber claros espejos,
«Mas si te acercas ¿qué hallarás? trebejos,
«Y á un actor y á una actriz entre borrones.
—En mi tambien, le respondió la historia,
De añejos tiempos y eras apartadas,
El talento y ardor y honorse admira;
Mas al par de los triunfos y la gloria
Se encuentran en mis páginas doradas
La vil parcialidad y la mentira.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(1) El célebre Pico está en la actualidad dando una prueba incontestable del poder de la música imitativa, admirando á Paris y Lóndres con sus sencillas tocatas, y los penetrantes ecos de su flautín; en terminos, dice el Album de esta ciudad, que los mas distinguidos músicos y diletanti, no han podido resistirse á la grata impresion de sus melodias; y han prorumpido en verdaderas alabanzas, al eminente flautista.

En mi concepto, podrá ceñirse la frente de este nuevo Orfeo, con la corona de Euterpe que engalanaba á aquel músico eminente.

INDICE GENERAL

CORRESPONDIENTE

AL AÑO 1860.

A

AMALIA DOMINGO.

Al soldado Francisco Lopez. (V) 7.—
A los españoles. (V) 50.—La bandera espa-
ñola. (V) 70.—La Semana Santa. (V) 183.

AMADOR JOVER Y SANZ.

Reuniones literarias. (P) 20.—Festejos
públicos. (P) 58.—Revista general. (P) 73.
—La romería de S. Alvaro. (P) 75.—A Na-
poleon. (V) 80.—Del Derecho. (P) 92.—
Revista general. (P) 105. Entrada de Jesus
en Jerusalem. (P) 172.

ANTONIO ALCALDE VALLADARES.

A una rosa blanca. (V) 69.—La con-
quista de Córdoba. (V) 127.—Continuacion
143.—Conclusion 160.—El dia de Pentecos-
tes. (V) 303.—A Blanca. (V) 388.—Las úl-
timas lágrimas. (V) 547.

AURORA DE CANOVAS.

Un recuerdo. (V) 271.—A Encarnacion.
(V) 516.—A mi recuerdo. (V) 595.

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

Mi primera pasion. (V) 297.—A mi C....
(V) 459.—La primavera. (V) 488.—Sueño.
(V) 523.—Lamentacion (V) 597.

ANTONIA DIAZ FERNANDEZ.

La vuelta de la Primavera. (V) 402.—
La resignacion. (V) 432.—Falsa y verdade-
ra gloria. (V) 504.—Las ilusiones. (V) 512.
—En la profesion de Sor Magdalena de los

Dolores Chaves. (V) 565.—Marchena. (V)
576. Brevidad de la vida. (V) 594.

ANTONIO MORENO PAUSEN.

Noticias históricas sobre el descubri-
miento de la Isla de la Madera. (P) 493.—
Continuacion 513.—Conclusion 529.

ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

(De la Abeja.)

Los sueños. (P) 557.—Conclusion 573.

B

D. B. R. S.

Al ejército expedicionario. (V) 7.

BERNARDO LOPEZ.

La dama de las Camelias. (V) 13.

BIENVENIDO V. CANO.

La flor del amor. (V) 287.—Soneto. 408.

BARON DE FUENTE DE QUINTO.

A la Srta. Doña Cármen Martel. (V) 307.

C

CONDE DE TORRES-CABRERA.

El Papa y el Congreso. (P) 1.—Contes-
tacion á el Exmo. é Ilmo. Sr. Obispo. (P) 9.
—Napoleon y la Romaña. (P) 14.—La Cró-
nica. (P) 16.—Una Cosmogonia. (P) 54.—
Africa. (P) 57.—Revista general. (P) 89.—
Revista literaria. (P) 100.—Continuacion (P)
117.—Revista general. (P) 121.—Revista
general. (P) 137.—Disertacion del 15 de

Marzo (P) 453.—Revista general. (P) 469.—La Resurreccion (P) 488.—Revista general. (P) 204.—Reglamento para los juegos Florales (P) 246.—Revista general. (P) 285.—A nuestros lectores. (P) 304.—Discurso pronunciado en la apertura de los juegos Florales (P) 335.—Europa, la guerra de Africa y los partidos políticos de España. (P) 376.—Suscripcion y donativo al Papa. (P) 384.—El sueño (P) 489.

C. y J. C.

El Elixix. (P) 47.

CARLOS RAMIREZ DE ARELLANO.

Escritores cristianos de Córdoba. (P) 64.—Crítica literaria. (P) 408.—Costumbres españolas. (P) 144.—Estudio sobre los gitanos. (P) 235.—Sobre la ilustracion de la nobleza de España. (P) 353.—La prision del rey Chico. (V) 374.

CONCEPCION Y JOSEFA CONTRERAS.

Las flores. (P) 144.—Las flores. (P) 457.—El tulipan. (P) 207.—El lirio, la capuchina, y el musgo. (P) 220.—La Veneciana de Zurich. (P) 290.—El despertar de las aves. (P) 438.—Los guantes (P) 466.—Erupcion del Vesubio. (P) 507.—El reino d'Ivetot. (P) 577.

CAMPOAMOR.

Dolora. (V) 475.

CANTA-CLARO.

Ni el verano ni el invierno. (V) 213.

D

DOLORES DE FEDERICO.

A Aurora. (V) 344.

E

E. PERIÉ.

El tiempo. (V) 273.—Apuntes de viajes. (P) 305.—Mis veinte y cuatro años. (V) 400.

E. M.

A.... (V) 344.

EL NIÑO.

Otra.... (V) 344.

EDGARDO FOLY.

Como se vive en un pueblo. (V) 324.

EL ERMITAÑO.

Serenata (V) 424.

ENRIQUE VALDELOMAR.

Al sol. (V) 584.

F

FAUSTO GARCIA LOVERA.

Revista general. (P) 40.—Idem. (P) 25.—Idem. (P) 41.—Al S. P. Pio IX (V) 97.—Revista general (P) 486.—Idem. (P) 217.—Idem (P) 233.—Idem. (P) 249.—Idem. (P) 317.—Idem. (P) 333.—Idem. (P) 349.—La entrada de Jesus en Jerusalem. (V) 350.—Revista general. (P) 365 Id. 382.—El nacimiento de Jesus. (V) 578.

F. DE B. P.

Al arco de la estrella. (V) 45.—Cánticos de fiesta de Neron. (V) 399.

F. G. L.

Soneto. 21. El carnaval. (V) 74.

F. A.

Ligeros apuntes para un ensayo de descripcion Geológico-agricola de la provincia de Córdoba. (P) 429.—Continuacion. (P) 444.

FERNANDO UGARTE BARRIENTOS.

De la cria caballar. (P) 220.—Un viaje de placer. (P) 389.—Continuacion 424.—Continuacion 454.—Conclusion 272.—Charadas 428.

FULANO DE TAL.

Un fanático por un loco. (P) 272.

FRANCISCO FERNANDEZ CHOROT.

Discurso leído en la Reunion literaria (P) 457.

G

GABRIEL ESTRELLA.

En el album de la Srita. Doña Carmen Martel (V) 203.— En un album. (V) 328.

I

IGNACIO GARCIA LOVERA.

La mirada del moribundo. (V) 123.— A Dios. (V) 170.

J

JUAN ALFONSO, OBISPO DE CÓRDOBA.

Carta al Sr. Conde de Torres-Cabrera. (P) 9.

J. J. BUENO.

A España en la guerra de Marruecos. (V) 22.

J. RODRIGUEZ DELGADO.

Meditacion. (P) 44.— A V... (V) 54. El siglo de oro y los siglos del oro. (P) 64.—Las Cortes de amor. (P) 78.—La flor y la mariposa. (V) 216.—En un album (V) 471.

JULIO ALARCON Y MELENDEZ.

A las Nubes. (V) 102.—Balada. 150.—Fantasia. (V) 151.—Toledo y el Tajo. (V) 307.—A la eminente trágica A. Ristori. (V) 376.—Fantasia (V) 480.

J. GARCIA DE LA FOZ.

El poder de los recuerdos (V) 103.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

Al amor paternal. (V) 139.—Rápida ojeada sobre las obras de Beranger. (P) 161.—El amor legitimo. (V) 203.—A la esperanza moral. (V) 214.—La amistad (V) 235.—Oda á la paz 382.—Soneto 408.—La rendicion de Granada. (V) 448.—

A la salida de las naves de Colon. (V) 467.—Las flechas de amor. (V) 491.—La rosa. (V) 491.—Sátira (V) 496.—Romance 522.—La cautiva. (V) 534.—Soneto 538.—Soneto 539.—A la invencion de la pólvora. (V) 542.—A la invencion de la aguja náutica. (V) 560.—Idea de la construccion y decoracion teatral de los antiguos. (P) 566.—Conclusion 579.—Venus Guerrera. (V) 587.—El pajarero. (V) 588.—Sátira á Lucio. (V) 589.—Inconvenientes de la música moderna (P) 597.— La escena y la historia. (V) 598.

JOSE LOPEZ DE LA VEGA.

A Adelaida Ristori. (V) 151.—Serenata. (V) 216.—A unos ojos negros. (V) 460.

J. M. A.

La bañista. (V) 190.

JUANA LEVANNIER.

Los sueños de Matilde. (P) 192.

JOSE DE CASTRO Y OROZCO.

La caridad. (V) 195.

JORGE.

Dolora. (V) 258.—La niña y el anciano. (V) 426.—Baladas. (V) 473.—¿Quién eres tu aqui? (P) 555.

JORGE DE CISNEROS.

Reflecciones sobre el estado politico de Europa. (P) 274.—Continuacion (P) 406.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Soneto. 393.—¡Pobre Madre! (P) 430. A el otoño (V) 435.—Al mar. (V) 463.—Agitacion de Amor. (V) 502.—La última princesa de la casa de Valois. (P) 525.—Amor y celos. (V) 532.—La última princesa, conclusion 537.—El Peregrino. (V) 582.—Orijen y progresos de la música (P) 583.—Balada (P) 586.—A mi madre. (V) 596.

JUAN CABRERA Y VALERO.

Discurso pronunciado en la apertura del circulo de Pozoblanco. (P) 469.

J. VALERA.

Crítica literaria. (P) 473.

JUAN DE DIOS MONTESINOS Y NEIRA.

Sobre el sistema feudal. (P) 497.

L

L. C. T.

Un recuerdo. (V) 20.—La amistad. (V) 424.

LUIS CÁRLOS TIRADO.

Dolora. (V) 54.—Un consejo. (V) 80.—A... (V) 209.—Anacreóntica. (V) 256.—La vanidad y el amor. (V) 385.

L. M. R. C.

La adversidad. (V) 63.—La conquista de Córdoba. (V) 240.—Conclusion 263.—Al Sr. D. F. A. M. (V) 378.

LEON TORRELLAS.

¡Noscé te ipsum! (P) 81.—Mi pensamiento. (P) 98.—Ayer, hoy y mañana (P) 124.

LUIS MARAVER.

Defensa del verano.—(V) 86.—Los amantes á la reja. (V) 339.—Utilidad de la Numismática. (P) 481.—A mi amigo el Sr. Conde de Torres-Cabrera. (V) 568.

LUIS MARIA RAMIREZ CASAS DEZA.

Soneto. 495.—Breve memoria sobre la nueva secta literaria de nuestros días (P) 400.—Conclusion 417.

LEANDRO MARISCAL.

Grandeza de España. (V) 294.

LUIS NAVARRO Y PORRAS.

El Alcalde de Zalamea. (P) 502.—Continuacion 521.—Conclusion 548.

M

MARQUES DE CABRIÑANA.

El poder de Dios. (V) 21.

MAESTRO MALSENTONA.

El literato á la fuerza. (V) 27.

M. RUIZ CRESPO.

Oda 5.^a del libro 1.^o de Horacio. 58.—Oda 3.^a de id., id 71.—Oda 4.^a de id. id. 75.—Oda 19 libro 2.^o de Horacio 414.—Mi felicidad. (V) 206.—Gerónimo Vida. (V) 225.

MANUEL FERNANDEZ RUANO.

A una jóven religiosa. (V) 92.—Al Bétis. (V) 238.—A la entrada triunfante de Jesus en Jerusalem. (V) 336.

MARQUES DE LA PEZUELA.

Canto 3.^o del infierno. (V) 456.

MARQUES DE MIRAFLORES.

Felipe II y la reforma. (P) 479.

Mio.

A Filis. (V) 209.

MANUEL GIL.

Industria. Cuenca de Belmez y Espiel. (P) 314.—Id. (P) 328.—Id. (P) 346.—Id. (P) 362.—Continuacion 378.—Id. (P) 393.—Continuacion 426.

N

NARCISO CAMPILLO.

Al santo Rey D. Fernando (V) 256.—Aspiracion (V) 274.—Epitafio (V) 310.—Pájaros y flores. (V) 320.—A Murillo pintor. (V) 366.—Elocuencia antigua y moderna. (P) 432.—Conclusion 450.—Contestacion á D. José Lamarque de Novoa. (V) 473.—El pescador. (V) 485.—Continuacion (V) 506.—Continuacion 520.—El ahorro. (P) 532.—El pescador, continuacion 537.—El ahorro, conclusion 545.—El pescador, conclusion 550.—Vaticinio de Nereo. (V) 570.—Soneto 585. La playa de San Lucar. (V) 594.

P

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Una muger célebre. (P) 32.—Un po-

co de filosofía (P) 83.—Epístola (P) 148.
—Segunda Epístola. (P) 165.—Bibliografía. (P) 204.—Impresiones de un soldado (P) 223.—Continuación 238.—Continuación 259.—Continuación 276.—Conclusión 295.
—El Océano (P) 242.—Conclusión (P) 259.—Viajes (P) 287.—El hombre de genio. (P) 309.—Crítica literaria. (P) 321.—Conclusión 342.—Bibliografía (P) 368.
—El alma de la casa. (P) 403.—Peekin y los Chinos. (P) 436.—Noticias de Cochinchina. (P) 445.—Boceto histórico (P) 534.—Epopéya de los animales. (P) 534.

PEDRO NOLASCO MELENDEZ.

Réplica en defensa del invierno. (V) 132.—Los amantes en la reja. (V) 360.—A mi querido amigo el Sr. Conde de Torres-Cabrera. (V) 420.—A mi querida sobrina Enriqueta. (V) 453.

PEDRO MUÑOZ DE SEPÚLVEDA.

Unión y progreso (P) 386.—Presente y porvenir de los pueblos de la sierra. (P) 442.—Fusión periodística etc. etc. (P) 486.

R

REDACCION.

Sueltos. (P) 8.—23.—56.—88.—120.
136.—152.—168.—184.—200.—286.

La Exma. Sra. Duquesa viuda de Gor. (P) 36.

Charadas. (V) 56.—104.—184.—248.
268.—300.—364.—396.—444.—460.—
476.—508.—524.—536.—556.—572.

Certámen. (P) 434.—Pensamientos y máximas. (P) 230.—Juegos florales. (P) 315.

Crónica semanal. (P) 231.—247.—
267.—282.—299.—331.—348.—364.—
380.—412.—476.—508.—555.—571.

Advertencia 573.

Miscelánea. (P) 284.—316.—332.—
348.—380.

RICARDO DE FEDERICO.

Himno para la toma de Tetuan. 36.
—El niño y la borrasca. (V) 87.—Soneto 203.—A Numancia. (V) 286.—Victor Hugo (P) 326.—Continuación 357.—Continuación 374.—Continuación 408.—Conclusión 424.

RAFAEL GARCIA LOVERA.

A la Virgen de los Dolores. (V) 187.

RICARDO M.

A Teresa. (V) 393.

RAFAEL CONDE Y LUQUE.

Revista general. (P) 397.—Id. 413.—
Balmes y su Siglo. (P) 461.—Continuación 477.—Advertencia 493.—El genio. (P) 509.

RAFAEL CONDE Y SOULERET.

La mañana de S. Juan. (V) 411.

S

SERAFIN CÁNOVAS DEL CASTILLO.

A... (V) 168.—Un cuento árabe. (P) 176.—Continuación 196.—Continuación 209.—
Conclusión 226.

SATURNINO GONZALEZ REGUERA.

Discurso leído en el círculo literario de Pozoblanco. (P) 564.

T

T. MARTEL.

A una hermosa.—(V) 8.—A Colon (V) 22.—El Rocío (V) 46.—Al amanecer. (V) 69.—A Hernán-Cortés. (V) 77.—A la muerte de Jesús, (V) 94.—A ella (V) 100.—A la temprana muerte de la Sra. Doña P. de H. (V) 150.—A Jesús (V) 168.—Delirios (V) 179.—A la resurrección del Señor (V) 194.—La despedida (V) 222.—A mi madre. (V) 251.—Al bravo Brigadier Conde de Balmaseda. (V) 279.—La prisión de Boabdil. (V) 355.—A Zaida. (V) 406.—Los amores de Florinda. (V)

446. El pueblo de Israel. (V) 464. A Napoleon I. (V) 547. A la Virgen (V) 528.

TRINIDAD DE ROJAS.

La tempestad. (V) 22. - La serenata (V) 22. Sueños de amor. (V) 23. Seguidillas. (V) 40. - El poeta y el siglo XIX. (P) 42. - A la noche. (V) 61. Por eso... (V) 72. - El Proscrito. (V) 97. La siesta. (V) 107. Sidi Amet. (V) 154. - El crepúsculo. (V) 219. La caja de las reliquias. P. 252. - El sueño de la vida. (P) 269. - Ya es tarde. (V) 275. - La cueva de Menga. (P) 302. Continuacion 319. Conclusion 338. - Una perla de las playas de Algeciras. (V) 538.

T. R. DE A.

En el album de mi Sra. (V) 50. - El 6 de Febrero (V) 28. - La vuelta del moro. (V) 447.

TORCUATO TARRAGO.

El rey de Guadix, (V) 182. - Continuacion 198. Continuacion 212. Continuacion 228. Continuacion 288. Continuacion 330. Continuacion 344. - Continuacion 439. Conclusion 456.

TRINIDAD DE ROJAS, E. LAFUENTE,
J. MORALES.

Rubias y morenas. (V) 244. - Continuacion 264. - Continuacion 280. Conclusion 298.

Z

ZAIDE.

Mi amigo el Marqués. (P) 37.

ZOILLO ESPEJO.

Vindicacion científica. (P) 517.



CORDOBA. - 1860

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena.